

La Ilustración Católica

SUMARIO.

TEXTO.—Revista, por V. P. Nulema.—La Galerna del Sábado Santo (1877), por D. M. Menéndez Pelayo.—Visita al sepulcro de San Pedro de Alcántara, por D. Enrique G. Bovar.—Traducción del Salmo CXXIX de David, por D. F. de la Vera e Isla.—Monseñor Freppel, Obispo de Angers, por D. V. S. G.—Los Voceros, cantos fúnebres de Córcega, por D. A. T.—Los grabados, por X.—La fuente del Pino, leyenda granadina, por D. Rafael Milan y Navarrete.

GRABADOS.—Monseñor Freppel, Obispo de Angers.—Cláustro del monasterio de San Pablo del Campo de Barcelona.—Monumento levantado por la ciudad de Nantes a la memoria del general de La Moricière, inaugurado el 29 de Octubre, tomado de fotografía.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid y provincias.
Tres meses... 46 rs.
Un año... 60 "
Cuba y Puerto-Rico.
Seis meses... 2 1/2 ps.
Un año... 4 "

PRECIOS DE SUSCRICION.

Extranjero.
Seis meses... 44 fr.
Un año... 24 "
Filipinas y Méjico.
Seis meses... 3 1/2 ps.
Un año... 6 "

DIRECTOR: D. MANUEL PEREZ VILLAMIL.

Madrid 21 de Noviembre de 1879.

ADMINISTRACION: JESUS DEL VALLE, 23 Y 25, PRINCIPAL.

Epoca 2.ª—Año III.—Tomo III.

NÚMERO 19.

Número suelto, real y medio.

REVISTA

El sentimiento de indignación que nos hizo protestar en la última crónica contra esas amalgamas corruptoras que propenden a falsificar el espíritu de la caridad cristiana, convirtiendo en egoísmo y en sensualidad la más generosa y pura de todas las virtudes, ha encontrado intérprete elocuentísimo en la gallarda pluma del Director de *El Fénix*, el cual publicó en su número del 15 un artículo de primer orden, protestando también contra «empresas esencialmente paganas» que tienden «a vender por un puñado de oro para los desgraciados la doctrina que constituye su fuerza permanente y la de todos los que nos gloriamos de militar bajo la sagrada enseña de la Cruz.»

El hermoso artículo del señor Suárez Bravo, completa con tanta exactitud y elocuencia nuestras palabras, que no podemos resistir al deseo de transcribir algunos de sus párrafos:

«O mucho nos engaña, dice, nuestro tosco chirumen, ó estamos presenciando y aun ayudando una de las empresas más dañinas de la revolución. Como que se trata de pervertir las nociones de la caridad enseñando que la limosna es limosna, aunque no se dé por el amor de Dios. Es tomar de soslayo la perversa tesis de la moral independiente y secularizar la caridad á fin de que los pueblos se acostumbren á considerarla como virtud puramente humana, poniéndola, por lo tanto, fuera de la jurisdicción de la Iglesia, y haciendo (y esto es lo más grave) compatible su práctica con todos los goces y sensualidades de la vida.

Alabanza merece la compasión que dá de lejos para que la caridad distribuya sus dádivas y

afronte el desolador espectáculo de los dolores humanos. Sólo por impulsos sobrenaturales puede el hombre llegar hasta el sacrificio, y sin el divino ejemplo del Calvario la caridad sería una virtud desconocida y de todo punto inconcebible.

«Pero ahora asistimos á una verdadera falsificación que intenta hacer pasar por oro de primera ley, no la plata, sino el último y más grosero de los

metales. Al ver la incredulidad que las verdades de la religión no se vencen atacándolas de frente, ha adoptado el sistema de alterarlas. La caridad es cosa nuestra, es una de las grandes fuerzas de la Iglesia, como que la caridad es el amor, y sobre el amor descansa el divino plan de la redención. Para salvar el linaje humano, Jesucristo padeció ignominia, dolores y muerte de cruz. Es preciso torcer este elo-
cuente y divino símbolo de la caridad, es preciso cubrir de flores la huella sangrienta del Calvario, y enseñar á las generaciones redimidas, no sólo que se puede hermanar la caridad con los goces, sino que éstos pueden ser un manantial de caridad, y que el medio más adecuado de consolar á los tristes es el de producir mucha materia imponible de regocijo y alegría. El plan es hábilmente diabólico; tiene en su abono la flojedad de los egoístas que sofocan todos sus escrúpulos con la aparente santidad del fin, y la timidez de los buenos, que no se atreven á contrariar, aunque no sea más que en apariencia, una empresa que en definitiva creen destinada á aumentar los recursos del menesteroso.»

Los filósofos del siglo pasado combatieron principalmente la *fé* como base de la Iglesia; y sus discípulos, los positivistas modernos, para no interrumpir la marcha de sus progresos han tomado por blanco la caridad, como término y cúspide de la vida cristiana.

Estemos apercibidos contra esta maquinación satánica, para no caer en las redes que nos tiende la revolución, procurando coligarnos para practicar la caridad, virtud de sacrificio, como hija del amor, con los hombres que tienen declarada guerra á muerte á la Iglesia y á Jesucristo.

Lo absurdo y escandaloso de cuanto estamos viendo, se pa-



MONSEÑOR FREPPEL, OBISPO DE ANGERS.

tentiza á toda luz en los siguientes diálogos de actualidad.

—Enriqueta, ¿irás al baile que se prepara en el Conservatorio?

—No, de ningún modo; pienso quedarme en casa.

—Me asombra que digas eso, ¿no sabes que el baile será en beneficio de los inundados?

—¿Y eso qué?

—Pues nada, que no tienes caridad.

Otro:

—He recibido carta de Emilia en que me dice que se ha mandado hacer un traje de 2,000 francos.

—¿Y para qué ese lujo?

—Ignoras Paquita, que Emilia está en París?

—Ya lo sé, pero eso no resuelve mi duda. Lo que te pregunto es el móvil de ese despilfarro, porque no ignoras que Emilia tiene más hijos que millones.

—¿El móvil preguntas? ¿Por ventura has olvidado ya las terribles desgracias de Murcia? Emilia se hace un traje de 2,000 francos para poder asistir á la gran obra de caridad que se prepara en el Hipódromo. ¿Puede haber móvil más generoso?

Otro:

—Me han dicho, Paco, que á la fiesta de París en beneficio de los inundados, asistirán representantes de todas las clases sociales. ¿Será cierto?

—Y tanto que hasta Frascuelo ha sido invitado para que represente la clase torera.

—Pues me ocurre una duda, tratándose de ejercer la caridad ¿habrán de asistir frailes trinitarios, redentores de cautivos é hijas de San Vicente de Paul, providencia de los hospitales?

—¿Qué disparate! ¿Estás loco? ¿Cómo quieres que los hijos de San Juan de Mata se paseen del brazo de los hijos de Voltaire, y las heroínas de los hospitales formen al lado de las heroínas de los teatros de París? ¡Buen papel harían!

—Pues en verdad te digo, que donde no caben los legítimos apóstoles y ángeles de la caridad, no está la caridad, que es el espíritu de Dios.

—Así discurriría tu abuelo.

—¡Ojalá que así discurren mis nietos!

A pesar de tantas fiestas como se celebran y se preparan, no faltan motivos de dolor y manantiales de lágrimas.

La guerra de Cuba parece renacer de sus cenizas, lo que anuncia una nueva serie de sacrificios para España.

Hijos ingratos, vendidos al extranjero, han vuelto á levantar la sangrienta bandera de la insurrección y á cubrir de luto los fértiles campos de la Gran Antilla, última joya que conservamos de la brillante corona de nuestros dominios en América.

La fé de Colon y la caridad de nuestros misioneros nos abrieron el Nuevo Mundo para que deramásemos en sus selvas inexploradas la semilla de la civilización católica. La siembra produjo frutos abundantes y exquisitos que sirvieron de nuevo ornato al espléndido trono de nuestros reyes, alumbrado por el sol de dos continentes, ¿qué germen de malezas ha brotado en aquel país, para que así se vayan secando las antiguas flores, y los frutos de salud se conviertan en pócmias de muerte?

Estudien bien la cuestión los encargados de resolverla, no sea que equivoquen la medicina, y tengamos que lamentar nuevos accidentes.

Como españoles y cristianos hacemos votos por el acierto, para que se restablezca y afirme la paz de Cuba.

Corolario.

Hace pocos días que ha corrido por los periódicos un *bombo*, remitido sin duda por el autor, á favor de un libro en que se trata de demostrar la conveniencia de expulsar de Filipinas las órdenes religiosas.

No recordamos, ni nos importa, el nombre del autor ni el título del libro; pero se nos ocurre que tal obra, por lo patriótica, debería dedicarse á Pancho Jimenez ó á Serafin Sanchez, que la acojerían con aplauso.

Parece ya acordado que la boda real se verificará el día 29 de los corrientes.

Los obreros del ayuntamiento trabajan sin descanso en preparar los festejos, que se diferenciarán muy poco de los celebrados hace dos años con el mismo objeto.

Un baile estupendo en el Real, dos corridas de toros, iluminaciones, fuegos artificiales, etc., etc.

El Ayuntamiento destina dos millones á los festejos, á pesar de haber mostrado deseos la egregia princesa austriaca de que en todo se proceda con la mayor economía, atendida la situación de España y sus recientes infortunios.

Pero el Ayuntamiento de Madrid es espléndido, y sabe, cuando llega el caso, echar la casa por la ventana. Sobre su puerta deberá colocarse pronto una lápida con el epitafio de Salas:

Aquí yace aquel que hubo
Gran familia, gran boato,
Gran mesa, y hasta las deudas
Más grandes que sus Estados.

Abramos el corazón á alegrías más puras y á esperanzas más lisonjeras.

Segun vemos en los diarios católicos, el vigésimo quinto aniversario de la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción, se celebrará con inmenso júbilo y solemnes fiestas en toda la cristiandad. España, tierra predilecta de la Virgen Santísima, no se quedará la última en esta manifestación de la piedad católica.

Varios prelados han dirigido cartas pastorales á sus diocesanos, exhortándoles con este objeto, y sabemos por lo que nos escribe desde Sevilla el entusiasta P. Moga, verdadero apóstol de la Inmaculada, que la patria de Murillo y de Miguel del Cid, dará en esta ocasión gallarda muestra de su amor á la Madre de Dios, «celebrando con grandes y extraordinarias fiestas» el más hermoso de sus misterios.

También la peregrinación del Pilar, há poco anunciada, va haciendo su camino, y la prensa católica de provincias, respondiendo al llamamiento de la de Madrid, se ha puesto al servicio de esta santa cruzada, que se dirigirá en Abril próximo al Pilar de Zaragoza.

Todas estas manifestaciones de amor á la Virgen Santísima, que de día en día se redoblan con creciente entusiasmo, son prendas de salvación para el mundo, arrastrado por la revolución al abismo de nueva barbarie, y defendido, como en otro tiempo, por la Reina de las Victorias.

V. P. NULEMA.

LA GALERNA DEL SABADO SANTO. (1877.)

Puso Dios en mis cántabras montañas

Áuras de libertad, tocas de nieve,

Y la vena del hierro en sus entrañas:

Tejió del roble de la adusta sierra

Y no del frágil mirto su corona,

Que ni falerna vid ni ático olivo,

Ni siciliana mies ornan sus campos,

Ni allí rebosan las colmadas trojes,

Ni rueda el mosto en el lagár hirviente:

Pero hay bosques repuestos y sombríos,

Misterioso rumor de ondas y vientos,

Tajadas hoces, y tendidos valles

Más que el heleno Tempe deleitosos,

Y cual baño de Náyades la arena

Que besa nuestro mar: y sus mugidos,

Como de fiera en coso perseguida,

Arrullo son á la gentil serrana

Pobre y altiva, y como pobre, hermosa.

No es el risueño Egéo que circundan

Cual ceñidor las Cieladas marmóreas,

Ni el golfo que con dórica armonía

De Nápoles arrulla á la Sirena,

Cabe la sacra tumba de Virgilio:

Ni el vago azul de la marina Jónia;

Sino el Ponto que azota á Caledonia

Y entre las islas Hébridás resuena,

Fiero Titán que á la hiperbórea gente

Hace temblar en la apartada Tule,

Y cabalga entre nieblas y borrascas

Sobre el inmenso Leviathán, que nutre,

Con pestífero aceite la candela

Del céltico harponero. Ni cien carros

De guerra hicieran tan horrible estruendo

En torno de Ilíón, como esas olas

Cuando las peñas de Cantábrica hieren.

Hoy se vuelven á alzar fieras y rudas

En son de guerra y vencedor amago,

Á renovar el memorable estrago

Que en la Pasion de su Hacedor movieron:

Por eso es hoy más íntima y solemne

La voz de las tormentas boreales,

Mayor su indignación, cuando arrostrarlas

Osa el nauchero de piedad desnudo:

¡Ay! no verá la luz del pátrio faro

Sobre el amigo cerro de la costa,

Cual mirada de Dios sobre sus hijos,

Ni su velera y triunfadora nave

Al arribar, coronará de flores.

¡Piedad, Señor! Sienta tus iras sólo

Rota y hundida la soberbia quilla,

Que oro y baldon conduce á estas arenas

Ó el ferrado vapor, en cuyas venas

Corre sávia de fuego. Allí la sangre

De nuestra raza vá: sobre estos montes

Tendió la emigración sus negras alas:

Llora la esposa en el helado lecho,

Cabe el extinto hogar llora la madre,

El campo desfallece sin cultura,

Y en tórrida región nuestros mancebos

Siega la muerte: ¡que más bien perezcan

Ante las rocas del amado puerto,

Acariciados por maternas olas,

Do lleve el viento el son de las campanas

De la tierra natal, á sus oídos!

Pero salva, Señor, el frágil leño

Del pescador que fatigado encuentra

Al fin de su pescar, la red vacía.

Es hijo de aquel pueblo que en tardía

Cadena domó la ingente Roma:

Del que á Cannas Aníbal conducía,

De las madres itálicas espanto,

Terror de los Vaccéos y Autrigónes:

Del que en la cruz de su triunfal suplicio

El bárbaro cantar de la victoria,

De Agripa ante las haces, entonaba.

¡Oh sálvalos, Señor! en ellos corre

Sangre de Bonifáz el de Sevilla,

Del fiero vencedor de la Rochela,

Del que trazó primero en breve carta

De la virgen América los mares,

Y á la nave de Ojeda abrió camino.

¡Contéplalos luchar!... ¡Vana esperanza!

Que ni el llanto de madres y de esposas

Las iras quebrará del Océano,

Ni del hado la ley adamantina.

Mas salvados serán, porque las nieblas

Del mundo material y las del alma

Sólo la tempestad rompe y ahuyenta,

Y es su rojiza luz benigno rayo

De un sol que animará perennes flores.

¡Salvados, sí! Desde el salobre risco

De San Pedro del Mar, un sacerdote

Les dió la bendición. Nada más grande

Ojos humanos contemplar pudieron

Cual lo que vió la moribunda gente,

Al descender el celestial rocío

Del divino perdon sobre su frente:

Abrirse el cielo, serenarse el mundo,

Entre Dios y la mar la Cruz alzada,

Y descender con palmas y coronas

Las sombras de sus mártires patronos,

Las de los dos céltiberos guerreros.

¡Muerte feliz, entre la paz del cielo

Y el beso de los mares! Cuando vengán

Á acariciar la conocida playa,

De barca y pescador traerán los restos

En el cendal de su tejida espuma.

Otro celebre en canto que no muera

La gloria y la ambición, peste del mundo,

Y á la fuerza brutal erija altares.

Yo diré que mis cántabros se hundieron

Con los despojos de su fiel *trainera*,

Como cae el guerrero en la batalla

Y no abandona su triunfal bandera:

Y aún es más noble y santa que en el campo,

En el taller la sangre derramada

Á impulsos del martillo y de la rueda,

Ó en el cóncavo seno de los montes,

Al trueno de la pólvora deshechos,

Por dónde agita sus humeantes crines

El moderno Tifón, ó en los escollos

Do ceta el mar sus perlas y corales.

¡Perenne lid con la materia inerte,

Dura labor, pero victoria cierta!

Otro estadio, otra arena, otra cuadriga
 Piden en nueva edad cantares nuevos.
 ¡Dadme el lauro de Olimpia y de Neméa,
 Y la frente del mártir del trabajo
 Cíñala palma de Élis triunfadora,
 Como al atleta coronar solía.
 Oye, noble ciudad, luz de Cantabria:
 Basta á cubrir las llagas de tu pueblo
 Un trozo de tu régia vestidura:
 Rásgale, pues, y en tu esplendor no olvides,
 Que esos del náuta sordidos harapos,
 De su viejo tugurio suspendidos
 Y por el vendabál y por los soles,
 Y por el golpe de las olas rotos,
 Te hicieron grande, poderosa y rica.

M. MENENDEZ PELAYO.

Santander.

VISITA AL SEPULCRO

DE

SAN PEDRO DE ALCÁNTARA.

Señor Director de LA ILUSTRACION CATÓLICA.

Muy señor mío: Respondiendo al carácter verdaderamente español y católico de su Revista, voy á referir á usted mis impresiones de viaje al sepulcro de San Pedro de Alcántara, digno de ser más frecuentado por los hijos de nuestra patria nobilísima, algo olvidadizos de las cosas propias para entusiasmarse con las ajenas. Bueno es celebrar, con ánimo generoso, lo que vale y merece; pero nunca con daño del verdadero patriotismo. Por lo que hace á San Pedro de Alcántara, el regulador de la estricta observancia en la Orden franciscana, nadie puede dudar que es una de las más legítimas glorias de España. Guárdase su sepulcro en Arenas, adonde me dirigí con motivo de la fiesta del Santo.

Nada digno de mención especial se encuentra desde Madrid á Talavera de la Reina. El paisaje que se descubre yendo en uno de los trenes de la línea del Tajo, ni ofrece atractivo y distracción á la vista del viajero, ni esparcimiento á su necesaria ociosidad. Primero tierras áridas con algun grupo de árboles pobres y raquíticos, y luego algunos olivares con su hoja verdinegra, dando al paisaje un tinte melancólico y sombrío. Las estaciones de la expresada línea férrea son de agradable aspecto y bien construidas, y cómodo el material de la misma. Hermosa es la estacion de Talavera á donde se llega en el tren mixto, á las dos y media de la tarde. La rodean dos amenos jardines, y un paseo de álamos negros de medio kilómetro de extension la separa de la antigua Ébora carpetana. A la derecha de la estacion se divisa el cerro Medellin, donde tuvo lugar la célebre batalla de Talavera, en la que fueron derrotadas las águilas francesas.

La referida ciudad es poco ménos que un monton de ruinas, no conservando el más pequeño vestigio de su pasado esplendor. Calles mal empedradas y súcias, paseos abandonados, conventos destruidos, y convertidos hermosos templos en almacenes de maderas, sin movimiento y sin la vida que le prestaba antiguamente el gremio de los fabricantes de sedas, cuyos magníficos edificios unos están completamente abandonados, otros destruidos, no inspira al viajero más que tristeza al considerar lo que fué y lo que aún podría ser si tuvieran los habitantes más amor á su patria.

Una sola tarde nos bastó para visitar lo más notable que encierra dicha poblacion. La grandiosa ermita de su patrona Nuestra Señora del Prado, edificada por Liuva II sobre las ruinas de un templo que la gentilidad dedicó á la diosa Ceres; la parroquia de Santa María, colegiata suprimida, de órden gótico; la iglesia que fué del monasterio de Jerónimos que conserva una magnífica escalera, obra de Herrera, y la parroquia de Santiago, de arquitectura mudejar, son los edificios más notables.

Saliendo de Talavera por la antigua puerta de Cuartos, cuyo nombre recuerda un hecho lúgubre de la época de Sancho el Bravo, y á cuyo lado aparece una casita blanca, en donde segun la tradicion, vió la luz primera el historiador Mariana, se encuentra la carretera de Extremadura, la que se deja

á poco más de una legua para tomar la de segundo órden que conduce á Arenas de San Pedro.

Después de no ver más que dehesas pobladas de encinas y tierras de labor, de repente, y al llegar á lo alto de la cuesta de Ramacastañas, varía de tal modo el aspecto del país, es tan sorprendente la vista del paisaje que á los ojos del viajero se presenta, que la imaginacion se cree trasportada á la risueña morada de algun ángel ó al edem que fantasearon los poetas. Profusion y magnificencia de arbolado en el que figuran el castaño y el roble de las regiones del Norte, y el naranjo, el limonero y el eucalipto de las meridionales; fuentes y arroyos por todos lados, formando aquí y allí bulliciosas cascadas; ambiente tibio y embalsamado, coronando las crestas de los altos montes que cierran el horizonte espesos pinares que besan un cielo azul y trasparente: el valle en que está situado Arenas de San Pedro, es un trocito de los más hermosos de Galicia ó Suiza trasportado á una de las provincias de Castilla. La situacion de sus montes nos hace recordar á Niza; pero sin que se atribuya á orgullo nacional, nos parece más hermosa su vista. Si Arenas de San Pedro estuviese situado á orillas del Mediterráneo y en una nacion que no fuera la nuestra, no dejaria de ser visitado por viajeros de todas las naciones. Encierra de notable dicha villa, la iglesia parroquial de estilo gótico muy correcto, las ruinas de un castillo feudal que debió ser grandioso, y donde se retiró la viuda del Condestable de Castilla, la triste Condesa Doña Juana de Pimentel, y un hermoso palacio á donde fué desterrado el infante Don Luis.

El camino que separa dicha villa del convento de San Pedro de Alcántara, es delicioso. Paralelo á un saltador arroyo cuyo eterno murmullo parece como que invita á buscar su origen poético, atrae á introducirse por aquellas hermosas arboledas que conducen al romero á la tranquila mansion fundada por aquel Santo, y que tantos recuerdos conserva de su asombrosa penitencia. Como íbamos acompañando al Excmo. Sr. Obispo de Doulia, apenas fuimos divisados empezaron á repicar las campanas del convento, saliendo la comunidad á recibirnos al átrio del mismo. ¡Cuánta humildad y mansedumbre y cuánta bondad unidas, revelan los rostros de aquellos pobres religiosos! Entramos en la iglesia orando algunos instantes en la hermosa capilla que guarda el cuerpo del Santo penitente. Sonaba en el órgano suave melodía, á la que acompañaban con sus cantos las aves en los árboles del átrio, y el espíritu, percibiendo el hábito de una paz celeste, elevó á Dios su íntima plegaria.

La capilla del Santo forma una rotunda de arquitectura greco-romana parecida á la Capilla Real de Madrid, pero más sóbria en adornos. Todo es de mucho gusto, y bastante para dar fama imperecedera al arquitecto que la construyó. Fué un lego de la Orden llamado el Hermano Estremera. El convento nada tiene de notable. Es un edificio sólido y bien construido con sus corredores en forma de cruz y sus pequeñas celdas segun la regla del Santo fundador. Tiene unida una hermosa huerta, propiedad del piadoso marqués de Miravél, cuyo usufructo ha cedido gratuitamente á los Religiosos.

Este convento en tiempo de San Pedro de Alcántara, se tituló de *San Andrés del Monte*, y su huerta fué lugar de grandes penitencias de aquel gran Santo. Allí existe la ermita y celda donde vivió, tan estrecha y baja, que no podía estar de pie ni echado; el estanque donde en invierno se arrojaba, y la milagrosa zarza donde se echó más de una vez. Milagrosa hemos llamado á la zarza porque no tiene espinas, teniéndolas todas las demás que crecen en la huerta y algunas al lado mismo de la primera, como para hacer más patente el milagro. ¿No es un contradictorio zarza sin espinas? ¿Qué naturalista podrá dar á ese fenómeno una razon? Ninguno. Sólo la fé es capaz de explicarla habiéndolo así dispuesto Dios para su gloria y la de San Pedro de Alcántara.

El día del Santo, 19 del actual á las diez de la mañana, y después de *nona* solemne, celebró de pontifical el citado Sr. Obispo de Daulia, predicando el Sr. D. Basilio Sanchez Grande, distinguido orador sagrado de Madrid, que estuvo á la altura de su reputacion al demostrar que San Pedro de Alcántara con su reforma contribuyó á la gloria de la religion y bien de la sociedad.

Muchos miles de personas acudieron á la funcion y era sorprendente y agradable la vista del pequeño

valle que se estiende frente al convento. Grandes y pequeños, ricos y pobres, sin privilegio para clase ni condicion, se veían en ranchos debajo de los castaños y los pinos formando delicioso contraste la diversidad de trages y colores. Pero el espectáculo por demás conmovedor, fué el de la procesion que tuvo lugar por el átrio del convento á las cuatro de la tarde. Tras de la cruz seguía la Comunidad y Sacerdotes invitados, siendo indescriptible el entusiasmo de aquella muchedumbre al aparecer la preciosa imagen del Santo. El repique de las campanas, los acordes de la marcha real, el estruendo de las salvas y cohetes, y los vivos de la multitud, inundaban el espacio haciendo palpar de ternura á los corazones más insensibles y derramar lágrimas de alegría á los ojos más serenos. Dos vueltas habia dado la procesion que presidia el Prelado ántes referido, cuando iba ya á entrar en el templo; pero aquellos religiosos romeros no podian despedirse tan pronto de la imagen de aquel á quien acuden en todas sus necesidades y desgracias y hubo de dar una vuelta más. El entusiasmo no tuvo entonces límites. Todos lo aclamaban, todos ofrecían su óbolo, todos dejaban su presente llegando á subir una piadosa y breve subasta para entrar la imagen en la iglesia á dos mil cuatrocientos reales.

Aún crece espléndida y lozana la azucena de la fé en el pueblo español. La que fué madre de nuestros mayores no puede ménos de serlo de sus hijos. Aún laten de alegría y entusiasmo muchos miles de corazones ante nuestras glorias religiosas. España no perecerá nunca mientras conserve arraigada en su corazon aquella hermosa flor cuyo perfume purificará el ambiente de los miasmas nocivos del racionalismo y las malas doctrinas. España conserva la fé de sus antepasados y ella la salvará. Nosotros jamás olvidaremos nuestra visita al Convento de San Pedro de Alcántara ni á la poética villa de Arenas.

ENRIQUE G. BOVAR.

27 Octubre del 79.

TRADUCCION

DEL

SALMO CXXIX DE DAVID.

«De profundis clamavi ad te.»

Desde el abismo de miseria y duelo,
 Do mi alma gime y lucha,
 A tí, Señor, clamé en mi desconsuelo,
 Señor, mi voz escucha.

Inclinando hácia mí tu faz clemente,
 Con oídos atentos
 Recoge de mi súplica ferviente
 Los humildes acentos.

Porque si iniquidades ya pasadas,
 Señor, buscan tus ojos,
 ¿Quién resistir la luz de tus miradas
 Podrá sin caer de hinojos?

Pero en tí siempre á perdonar al triste
 Propicia es la clemencia,
 Por esa ley de amor, que te impusiste
 Sostuve tu presencia.

Por tu palabra se mantuvo ileso
 La fé del alma mía,
 Y del Señor fiada en la promesa
 Esperó noche y día.

Desde que el sol al guarda matutino
 Avisó, hasta que muere,
 No desmaye Israel en su camino
 Y en el Señor espere.

Porque en Él la piedad tiene sublime
 Asiento: en Él la fuente
 De vivísimo amor, que nos redime,
 Brota copiosamente.

Y será Él mismo quien á Israel desate
 De servil ligadura,
 De todas sus maldades el rescate
 Pagando con usura.

F. DE LA VERA É ISLA.

MONSEÑOR FREPPEL,

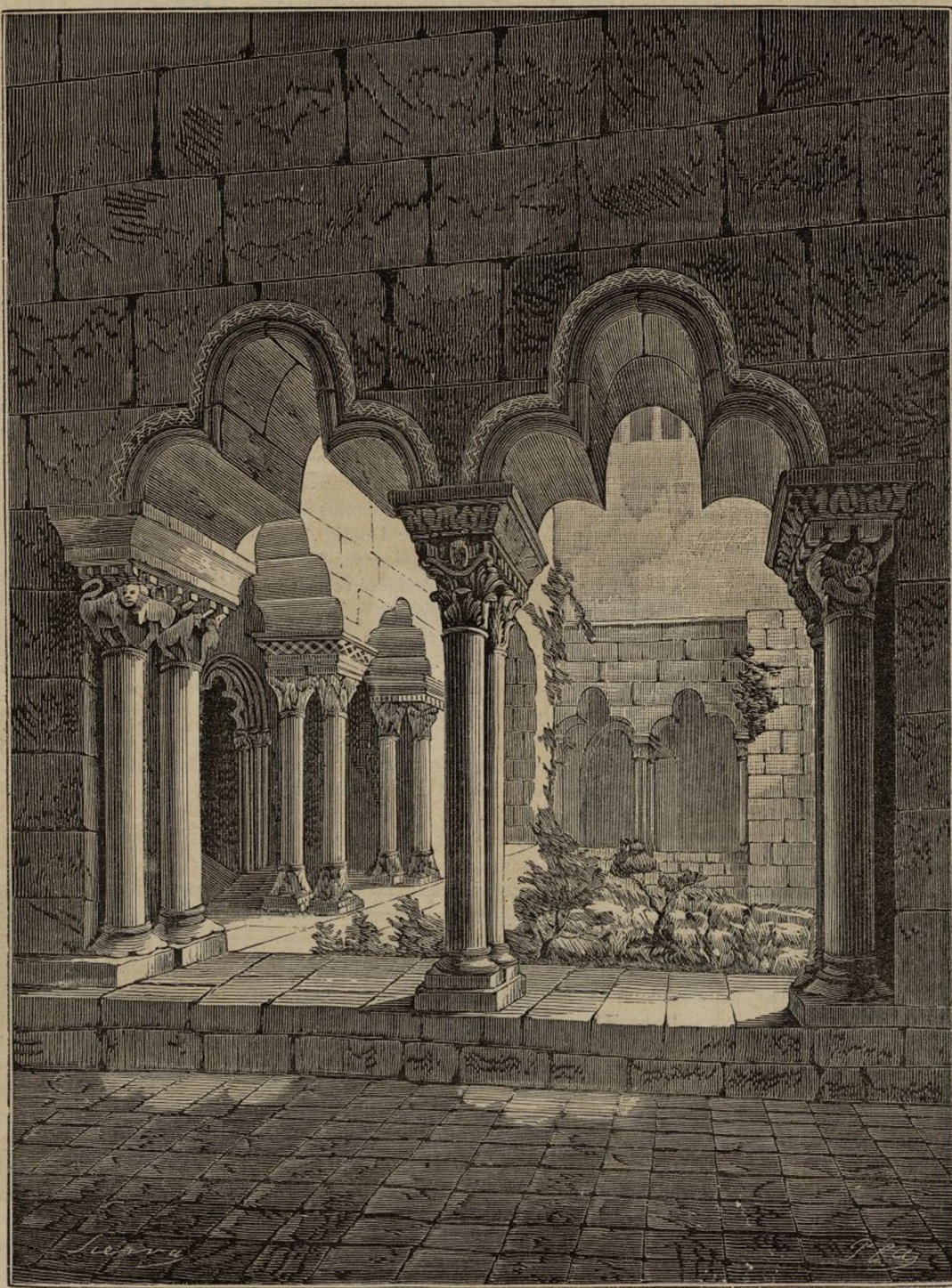
OBISPO DE ANGERS.

La Iglesia, siempre fecunda en hombres eminentes en las artes, en las ciencias, en la filosofía y en todos los ramos del saber, cuenta entre sus más ilustres prelados, al eminente polemista, profundo filósofo, sabio teólogo é infatigable Obispo, cuyo nombre sirve de epígrafe á este artículo. Monseñor Freppel, celosísimo Obispo de Angers, sabe continuar con tanta firmeza como viril elocuencia la gloriosa tradicion de los Remigios, Fenelones y Bossuets, defendiendo la santa causa de la Iglesia, que es á la vez la de la civilizacion del mundo.

Cárlos Emilio Freppel vió la luz en el año de 1827 en Obernai, poblacion poco importante del Bajo Rhin. Hijo de padres pobres en bienes de fortuna, pero ricos en virtudes cristianas, se dedicó desde sus primeros años al estudio de las humanidades, y despues al de las ciencias eclesiásticas, en las que sobresalió por su erudicion, su vasta memoria y sobre todo por su sólida y vigorosa crítica y profundo talento para descubrir el inmenso horizonte de la verdad, velado á sus condiscípulos. Su relevante mérito, unido á su fácil y elegante palabra, le designaron un puesto en la facultad de Teología de París, habiendo sido nombrado profesor de Elocuencia Sagrada en una edad en que otros apenas han tenido tiempo de empezar su carrera. Excusado es decir que en el desempeño de su cátedra se condujo

admirablemente, educando las jóvenes inteligencias confiadas á su direccion, y que constituyen hoy la honra del púlpito francés y el noble orgullo de su maestro. Las ocupaciones de su cátedra no fueron rémora á su talento y actividad, para que olvidase el ministerio de la pluma, habiendo publicado obras notabilísimas en las que se destacan su profundo sentido filosófico, su vasta erudicion y sus sólidos conocimientos teológicos. Brilla especialmente en la arqueología cristiana referente á los primeros siglos de la Iglesia, acerca de cuyas materias ha escrito varias obras de que despues haremos mencion.

Infatigable por la gloria de Dios y de su Iglesia, expuso en elocuentes páginas la verdad católica, y arrebatado por su vocacion oratoria, subió á la cátedra del Espíritu Santo, que con tanto brillo habían



CLAUSTRO DEL MONASTERIO DE SAN PABLO DEL CAMPO EN BARCELONA.

ocupado los Fraysinous y Lacordaire para dar conferencias á la juventud de las áulas. Predicó la Cuaresma de 1862 en la capilla imperial de las Tullerías, exponiendo á los magnates del imperio, como Bourdaloue y Massillon á los del brillante reinado de Luis XIV, las grandes verdades religiosas y los castigos con que la divina Providencia venga á la moral ultrajada y á la justicia prostituida.

En el año de 1867 fué nombrado dean de la Iglesia de Santa Genoveva, y años ántes habia sido ya nombrado canónigo honorario de Nuestra Señora de París.

Convocado el concilio Ecuménico del Vaticano,

Roma, conocedora del profundo saber del abate Freppel, le llamó en Agosto de 1869 para que tomase parte en los trabajos preparatorios del Concilio, al que asistió, ilustrando con su profundo saber las múltiples y difíciles cuestiones sujetas á la decision de los Padres.

Su profunda ciencia, su afecto incondicional á la Sede Pontificia, unido á su virtud y celo apostólicos, hicieron que la Santidad de Pio IX le nombrase en 1872 Obispo de Angers, en cuya diócesis produce su celo pastoral ópimos frutos. El gobierno francés tambien le ha distinguido, remunerando sus virtudes y su ciencia con la placa de la Legion de Honor.

Ha escrito, como decíamos ántes, muchas y notables obras: citaremos como las más notables entre ellas, las siguientes: *Los Padres apostólicos y su época* (1859, in 8.º); *Los apologistas cristianos del segundo siglo* (1860, in 8.º, dos series); *San Ireneo y la elocuencia cristiana en la Galia, en los dos primeros siglos* (1861, in 8.º); *Exámen crítico de la Vida de Jesus*, de M. Renan (1863, in 8.º, edicion numerosísima y la más seria refutacion entre tantas como ha tenido este impío libro); *Conferencias acerca de la divinidad de Jesucristo* (1863, in 8.º); *Tertuliano* (1864, 2 vol. in 8.º); *San Cipriano y la Iglesia de Africa en el siglo III* (1865, in 8.º); *Exámen crítico*

de los Apóstoles de M. Renan (1868, in 8.º); *Orígenes* (1868, in 8.º).

La mayor parte de las anteriores obras, referentes á los Padres de la Iglesia, son compendios de las lecciones que el abate Freppel dió al desempeñar la cátedra de Elocuencia de la Sorbona. Ha escrito también algunos discursos, como el *Panegírico de Juana de Arco*, pronunciado en Orleans (1860, in 8.º); *Oración fúnebre del Cardenal Morlot* (1863, in 8.º), y otros varios. Ultimamente, el 29 del pasado Octubre, como decimos en otro lugar, pronunció un discurso en la Catedral de Nantes con motivo de la inauguración del monumento erigido en honor del general de *La Moricière*, que puso su espada al servicio de la más noble y más santa de las causas. Este discurso que tenemos á la vista, es una joya de elocuencia sagrada, en la que no se sabe qué admirar más, si la profundidad del concepto del filósofo que expresa sus ideas en brillante y galana frase, ó el ardiente celo del Obispo por la Iglesia de Dios, ó el sentido político del hombre de Estado.

También ha compuesto un Oratorio acerca de la vida de Santa Genoveva, al que el célebre Gounod ha puesto la música.

V. S. C.

LOS VOCERI.

CANTOS FÚNEBRES DE Córcega.

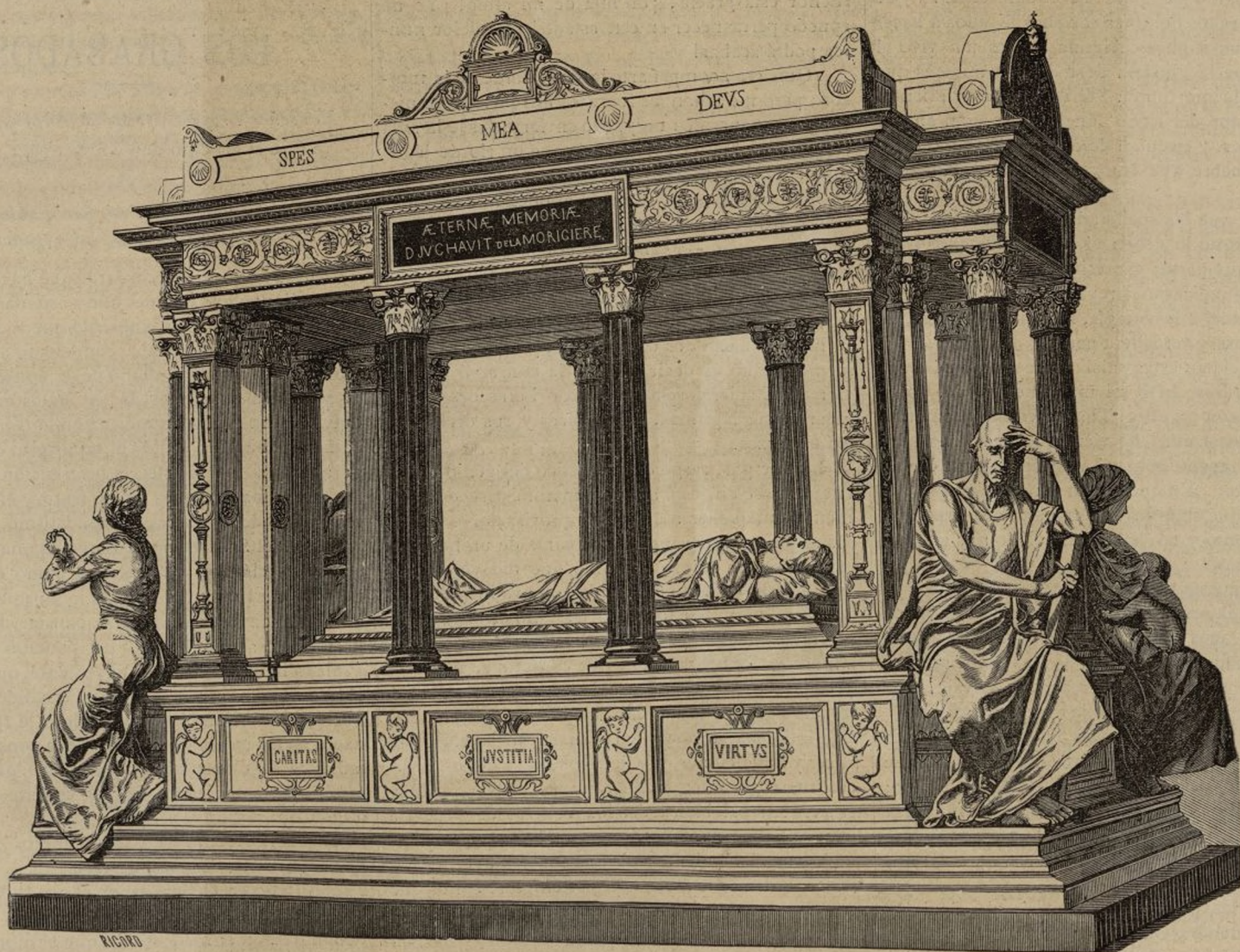
En Italia (1), tierra de las bellas artes, existe una poesía, hija del dolor, amiga de las tumbas, cuyos cantos dulces como el último grito del cisne ó lúgubres como el postrer suspiro del moribundo, se designan con el nombre *Voceri* del latino *vocare*, llamar, dirigir la palabra á alguno. Estos cantos siempre improvisados no son más que amplios y vivos apóstrofes dirigidos á quien ya no puede responder por haber caído bajo la implacable guadaña de la muerte.

El origen de los cantos fúnebres es tan antiguo como la muerte y los dolores que la acompañan: los hebreos tenían sus lamentaciones mortuorias; los egipcios, pueblo que parecía vivir solo para pensar en la muerte, sus *linos* que significaban lo mismo; y quien haya saludado siquiera la antigüedad, habrá visto que los troyanos celebraron los funerales de Héctor con cantos que nos ha transmitido la lira inmortal de Homero. Además, ¿quién no conoce el treno de los griegos y los famosos *vale* ó cantos de adios de los romanos?

El tiempo no ha podido borrar estas antiquísimas tradiciones; hoy todavía los habitantes de las márgenes del Indo y del Ganges han permanecido fieles á este uso: Grecia, muchas provincias del antiguo reino de Nápoles, la isla de Cerdeña le practican aun, reinando en toda su plenitud en Córcega.

Antes de exponer algunos de estos cantos, diremos algo de las *personas* que entonan estos lamentos, de las *circunstancias* y *ceremonias* que acompañan sus cantos y de las *cualidades* que distinguen sus poéticas inspiraciones.

En Córcega, como sucede en casi todos los demás países, las mujeres son las encargadas de estas fúnebres elegías. Su naturaleza las hace más dispuestas que los hombres para este género de poesía. Dotadas de mayor sensibilidad, y más impresionables, los golpes de la muerte las afectan profundamente, y siendo más viva y delicada su imaginación, más flexibles sus órganos, hállanse más dispuestas á expresar los sentimientos que se agolpan en su corazón. Sin embargo, no vaya á creerse que en Córcega todas las mujeres son capaces de improvisar estos himnos de dolor: este talento solamente se encuentra en aquellas almas que á la ternura del sentimiento y vivacidad de la imaginación unen en el mayor grado las grandes cualidades del corazón.



MONUMENTO LEVANTADO POR LA CIUDAD DE NANTES A LA MEMORIA DEL GENERAL DE LA MORICIERE, INAUGURADO EL 29 DE OCTUBRE.
(copiado de una fotografía.)

Este privilegio pertenece á muy reducido número, y de la que lo posee se dice que tiene el *don*, don glorioso, noble prerogativa que el buen sentido popular refiere siempre á su fuente primitiva, á Dios.

La *vociferadora* de Córcega—así se llama la que entona el *Vocero*—se muestra digna del privilegio recibido y de la dignidad con que la ha dotado el cielo. No especula con su talento como la mayor parte de las plañideras de los antiguos pueblos, y hasta es incapaz de componer un canto fúnebre acerca de una persona á ella extraña: por este motivo búscase siempre á la vociferadora en la familia del difunto ó en alguna otra unida á esta por lazos de amistad.

Nada más sencillo ni más conmovedor que la

dolorosa ceremonia en que mezcla sus cantos y sus lágrimas. Muerta una persona en Córcega, se prepara en medio de la sala más espaciosa de la casa una mesa recubierta de ricas telas, sobre la cual se expone el difunto, vestido de su mejor traje y con el rostro descubierto, según la costumbre de Italia. Ordinariamente se arrojan flores sobre el cadáver de las jóvenes y se ciñe su frente con una corona de rosas.

Al punto que los parientes y amigos saben la nueva fatal, se presentan en la casa mortuoria para

(1) Téngase en cuenta que consideramos á Córcega geográfica y no políticamente.

consolar y llorar con la familia. Los hombres se colocan en círculo, de pie, á lo largo de las paredes. La fijeza de sus facciones disimula su emoción; solamente de cuándo en cuándo furtivas lágrimas empañan sus ojos y lentamente se deslizan por sus mejillas. Las mujeres se apiñan en derredor de la fúnebre mesa, entregándose sin disimulo á todo su dolor, que no acostumbran á reprimir.

De repente profundo silencio sucede á los ayes y gemidos; llega la vociferadora! Vestida de negro marcha lentamente, arrodillase al pie del cadáver, permanece algunos instantes recogida, contempla fijamente al difunto para renovar su dolor; después poniéndose en pie levanta el velo que cubre su rostro, deja flotar su cabellera por la espalda, é in-

clinada sobre el cadáver y casi tan pálida como él, da comienzo al *Vocero*.

Al principio es ronca su voz, penosos sus acentos: diríase que la ahoga el dolor y que sucumbe al abatimiento; pero á medida que improvisa, animase su figura; sus mejillas, antes tan pálidas, se colorean al sagrado fuego de la inspiración; fuerte y sonora es su voz, múltiples y expresivos sus gestos. Indiferente á todo, no ve más que aquella frente marchita y helada por la muerte, y aquellos ojos empañados y tristes que ya no contienen ni llamas de amor, ni lágrimas de infortunio, ni sonrisa de cariño. El amor y el dolor parecen disputarse cada lado de su corazón, y es su canto tan profundamente triste, que es imposible al oírle no sentirse conmovido. Las lágrimas se deslizan de todas las pupilas, y los gemidos y sollozos estallan por todas partes. La vociferadora reina sobre las almas, á quienes tranquiliza por medio de graciosas imágenes ó valiéndose de las dulces esperanzas de la religión, ó bien se complace, por decirlo así, en embriagarlas con todo el ajenjo del dolor.

Si hay algunas entre las que la escuchan dotadas del don del *Vocero*, ceden con frecuencia á la inspiración que de ellas se apodera, y responden á la vociferadora principal, animándose mutuamente. Ordénase entonces un diálogo patético, animado, desgarrador, lleno de rapidez, que redobla la emoción y el llanto de todos los circunstantes, y que muchas veces los hombres se ven obligados á hacer cesar con sus súplicas. Alguna vez es tan vivo el arrebatado, que se apodera de todas las mujeres que hay en la sala mortuoria. Pónense en movimiento, giran en redor del lecho fúnebre, expresan su dolor con gestos, y ejecutan de este modo una especie de baile fúnebre que entonces se llama *Ballata* ó danza.

El poder que las vociferadoras ejercen sobre los circunstantes no lo deben al tono vehemente y patético, ni á sus gestos expresivos y frecuentes, ni á sus palabras rápidas y estrepitosas, sino á la gracia, al sentimiento y á la energía, inseparables dotes de toda grandiosa y verdadera poesía.

¡Qué gracia en estas palabras de una madre llorando por su hija: «Oh mi manzano florido, yo te veía crecer con orgullo! ¡Tus flores me prometían tan hermosos frutos! El viento de la borrasca ha soplado de repente sobre tí, y en un instante he cesado de verte... ¿En qué se han convertido tus blancas rosas? ¿qué significa este ramaje roto? Ah, ¿por qué tan pronto y tan lejos han volado mis más caras esperanzas?»

¡Cuánta poesía en este retrato! «Oh espejo de las hijas de la oración, oh mi brillante estrella de la mañana, más blanca que la luz y que la nieve, más encarnada que una rosa de Damasco, más áspera contra el mal que una manzana salvaje, más erguida que la colina y que la roca escarpada!»

Qué atrevimiento en estas figuras, y á la vez cuánta sencillez en estos apóstrofes Nuñez de Arc: «Oh rostro delicado, compuesto de leche y de vino; oh mi columna de mármol, mi apoyo, mi perla de Oriente; oh mi brillante cristal en quien yo me complacía en contemplarme, no te veré más: no, ya no te veré más!»

La sencillez de esta reflexión desola el alma: «¡Oh mi almendra azucarada: tu dulzura excedía ayer á la miel de nuestras montañas; ¿por qué tienes hoy la amargura de la hiel?»

Las antítesis y comparaciones siguientes penetran profundamente el corazón: «Oh mi canastillo de oro, hoy lleno y colmado de mi duelo; oh mi hermoso bajel, cargado con los más ricos tesoros, ¿pero sepultado antes de haber podido llegar al puerto; te has desvanecido, ¡oh hija mía! como la gota de agua que se evapora en el aire.»

Si la gracia es el adorno de esta poesía, su alma es el sentimiento que le da vida. Véase como ejemplo del sentimiento, del amor y del dolor que respiran los *Voceri*, el siguiente de una mujer á quien sus costumbres hospitalarias, la energía de su carácter, y especialmente el amor á su hija, han hecho célebre en Córcega.

Lamentándose sobre el cadáver de su hija, en quien había depositado su amor de madre y de esposa, porque la muerte la había dejado viuda, exclama:

«Te velaba la noche pasada, cuando escuché, oh hija mía, un grito tres veces repetido: el mochuelo

se había posado sobre mi techo. Este grito me hirió en el corazón.

«¿Qué quieres? le dije: pero no me respondió. ¡Ah! comprendo muy bien ahora lo que me pedía. ¡Oh María, tú eras el único sosten, la única esperanza de tu madre, y sin embargo tú te has decidido á abandonarla esta mañana para siempre! ¿Por qué tus coloreadas mejillas, semejantes á las rosas, se hallan ahora tan pálidas? ¡Maldita seas, tú, oh muerte, por haberlas marchitado con tu infame soplo! ¿Qué cosa podrá ya consolarme, oh esperanza de tu madre, ahora que tú te has marchado á donde el Señor te llama? Tú te has ido á descansar en el Cielo en medio de cantos y fiestas, porque el mundo no era digno de poseer tu rostro! ¡Ah, cuán hermoso va á ser el Paraíso ahora que tú le habitas! ¡Pero cuán lleno de dolores y de angustias va á ser para mí el mundo en que me abandono! Los días me parecerán más largos que los años, llamándote sin cesar, pensando siempre en tí, ¡oh hija mía!

«¡Muerte injusta, muerte cruel, tú no has tenido piedad de mí! ¿Por qué has arrancado de mi seno á mi hija? Muerte injusta, muerte cruel, ¿por qué me dejas llorando aquí sola? ¡Si al menos pudiese yo morir! Si mi alma pudiese subir muy alto, muy alto, y encontrarte, y estar contigo para no perderte jamás, ¡cuán dichosa sería! Pídele al Señor esta gracia, ¡oh hija de mi alma! ¡Yo no puedo permanecer en este estado! ¡Mi dolor nunca podrá acabar!

«Quisiera acompañarte hasta el borde de la tumba; pero me faltan las fuerzas, mis piernas se niegan á sostenerme: no puedo enviarte desde la silla en que me hallo clavada, más que un río de lágrimas, ¡oh hija mía!!!»

La pobre madre, como lo anuncian los últimos versos, no pudo, á pesar de su deseo, acompañar el fúnebre cortejo.—Reanimada por la desesperación, concibió y ejecutó un plan que solo el extravío producido por el dolor y el amor pueden inspirar. Marchó sola, durante la noche, á robar de la tumba á su hija, ya hacia dos días muerta, y la llevó á su casa. Supérfluo es decir que no la conservó mucho tiempo, habiéndosela arrebatado horas después, á pesar de sus lágrimas, sus súplicas y sus desesperados esfuerzos.

La energía, rasgo característico del génio corso, encuéntrase en los *Voceri*, y manifiéstase especialmente en aquellas ardientes improvisaciones cantadas al pie de la ensangrentada cama de un hombre, víctima de los odios de familia que todavía subsisten, á pesar de la mansedumbre que va introduciendo la religión por todas partes. Imposible es pintar la exaltación de la vociferadora al exhalar sus lamentos, los trasportes de que es víctima, sus pasos precipitados, su vista extraviada por el dolor, la desesperación que la domina, la cólera y la venganza que inflaman su rostro y rugen en su palabra. Súplicas y maldiciones, apasionadas repeticiones, bruscas interrogaciones, frases cortadas, estrofas ardientes; en una palabra, todos los recursos de la poesía lírica se hallan agotados.

Véase el siguiente, de una mujer cuyo marido fué cobardemente asesinado por cinco toscanos que labraban sus tierras. Esta viuda, inclinada sobre el cadáver de su marido y rodeada de sus seis hijos, exclama:

«¡Oh miserables: han matado mi cordero; cinco contra uno! ¡Hijos míos, este hombre tan pálido es vuestro padre, y vosotros no lloráis! ¡Es él, sí, es él! ¡Giácomo, María, Tonio, Ugo, Nanna, Cecilia, ya no más besos, ya no más sonrisas, ya no más canciones! ¡Cortad vuestras cabelleras, verdaderos rayos de sol; cortad vuestras ramas, mis jóvenes olmitos!

«¡Cuando hayáis crecido crecerán también vuestras cabelleras y cazareis los jabalíes! ¡Cuando hayáis matado uno, matad aún cuatro más! ¡Entonces sereis la admiración de la aldea; sereis entonces el orgullo de vuestra madre; vuestras hermanas serán reinas; brillarán como tres estrellas en un cielo azul, como tres diamantes en una cajita de oro!

«¡Oh, estoy loca! ¡Los jabalíes recorren los bosques, y los bosques son profundos! ¡Limpian los colmillos en las piedras de los caminos pros-critos! Pronto, pronto, mis leones, desplegad vuestra caballera y batid los bosques; rompedles los huesos, arrancadles las entrañas, raedles lentamen-

te el corazón con un hierro frío: ¡que se sientan morir!

«Era tan bueno vuestro padre, que todos los jóvenes de la aldea jugaban con él. ¡No me mateis; ¡qué os he hecho! ¡Tengo seis niños pequeños!

«¡Ellos le han matado, miserables! Ellos han matado á mi cordero: ¡cinco contra uno! ¡Maldición! Oigo mugir los vientos furiosos; sus violentos esfuerzos rompen las ventanas de la negra sala... Un cadáver se levanta... Me mira con las cinco heridas de su pecho... ¡Hijos míos, le reconocéis?... ¡Vuestro padre!... ¡Venganza! ¡Venganza!

Estos gritos salvajes, semejantes á los de la leona privada de sus cachorros, no debían quedar sin eco, y recogidos por los niños fueron causa de uno de los crímenes más horribles que han afligido á Córcega, donde la *vendetta* produce más crímenes que en ninguno otro país.

Tienen también los corsos otros *voceri* improvisados sobre el cadáver de los guerreros muertos por la patria. Estos himnos fúnebres cantados por aquellas madres, verdaderas espartanas, que veían caer á sus hijos sin derramar una lágrima, revelan una energía más noble, más santa y enteramente diversa de la que se manifiesta en los que dejamos apuntados (1).

A. T.

LOS GRABADOS.

Monseñor Freppel, Obispo de Angers, pág. 145.

(Véase el artículo de V. S. C., pág. 148.)

Cláustro del monasterio de San Pablo del Campo en Barcelona, pág. 148.

Nuestros lectores recordarán que hace poco tiempo los diputados catalanes que se sientan en el Congreso, reclamaron del gobierno que se librase de la demolición á que estaba condenado este famoso monumento artístico, digno de ser conservado como joya de la arquitectura de los siglos medios. Aunque la ruina estaba anunciada en la *Gaceta*, pues el edificio había sido cedido al ministerio de la Guerra para destinarlo á cuartel, la proposición y queja de los diputados catalanes dió su fruto, y el monumento se salvó de las garras del vandalismo moderno.

Ahora el Sr. Obispo de Barcelona ha pedido que se una el cláustro á la iglesia, como estuvo en su tiempo, pues siempre repugna la separación cuando el monumento artístico debe constar de estas dos partes que se completan. La petición del ilustre Prelado ha promovido un expediente, que se halla á informe de la Academia de San Fernando, y creemos que la resolución será favorable á la Iglesia, pues nadie mejor puede encargarse de la conservación de tan notable cláustro como el Clero que vive á su sombra, manteniendo vivo el espíritu que le dió origen.

El cual se remonta á los primeros siglos de la Iglesia, aunque después fué varias veces restaurado, y sobre todo en el siglo x por el conde Wilfredo II, cuyos restos descansaron en su recinto hasta la invasión de Almanzor (988), en que el monasterio y la ciudad fueron destruidos.

En 1117, según parece, Guiberto Guitardo y su esposa Rotlandis repararon los estragos causados por los moros, conservando la forma y carácter que tenía en la época de Wilfredo. El monumento resultó como es hoy, puramente bizantino, ostentando en su severa traza, en sus robustos muros, en su aspecto de fortaleza, todos los caracteres de la arquitectura religiosa y marcial que levantaron en España los héroes de la reconquista.

Perteneció el convento á monjes benedictinos, y logró en los siglos de fé cristiana y de entusiasmo artístico ser considerado como emporio del saber y de la virtud, realizado con las preces del arte cristiano.

Cuando sobrevino la fiera borrasca que tan horribles estragos causó en Barcelona, San Pablo del

(1) Quien desee conocer con más amplitud el carácter verdaderamente espartano del pueblo corso, lea la aclaración B que al tomo VI de su *Historia Universal* inserta el eruditísimo C. Cantú.

Campo corrió grave riesgo de venir á tierra; pero la mano de la Providencia lo salvó, y convertido en Colegio pudo resistir á las huestes de la *civilización moderna*. Quiera Dios que el último peligro de que se ha salvado, asegure su existencia para nuevos siglos en que acredite la piedad y la cultura de los pasados.

Monumento levantado por la ciudad de Nantes á la memoria del general de La Moricière, inaugurado el 29 de Octubre, pág. 149.

Hermoso y consolador espectáculo ofreció en este día la antigua catedral de Nantes, invadida por numeroso concurso de fieles de todas las clases sociales, para rendir homenaje de admiración y de amor «al mejor de los bretones», al bravo y piadoso general de La Moricière, verdadero tipo de los paladines cristianos.

El mausoleo se halla colocado en la capilla de la izquierda del crucero. Banderas blancas flotaban sobre el sepulcro, alrededor del cual ardian multitud de cirios que hacían más brillante la inscripción colocada encima del monumento: *Spes mea Deus*. Delante del altar se veía al clero; á la derecha los amigos del héroe, sus antiguos compañeros los zuavos pontificios, presididos por el general Charette, y varios representantes de Bretaña; á la izquierda algunos miembros de la familia del difunto, y entre ellos su anciana madre, su viuda y la más joven de sus hijas.

A las diez comenzó la solemne ceremonia. Ofició en la Misa el Arzobispo de Tours, Monseñor Collet, asistido de cinco prelados. Al llegar el responso Monseñor Freppel, Obispo de Angers, uno de los primeros oradores de Francia, pronunció la oración fúnebre, que fué elocuente. Durante dos horas, el orador mantuvo la atención de sus diez mil oyentes, trazando á grandes rasgos la vida ejemplar de La Moricière como soldado, como francés y como cristiano.

La epopeya de las diez y nueve campañas del general en Africa; su representación militar y política durante la revolución del 48; su destierro bajo el imperio; su lucha en defensa de la Santa Sede; su retirada después de Castelfidardo y Ancona; su muerte cristiana, fueron otros tantos cuadros tan admirablemente trazados por el sábio y elocuente Obispo de Angers, que más de una vez se vió interrumpido por los murmullos difícilmente contenidos de la admiración y del entusiasmo de los concurrentes. «Jamás, dice un cronista de la ceremonia, después de Bossuet, han resonado en los templos de Francia palabras más nobles, más enérgicas y más elocuentes.»

Terminado el sermón se descubrió el mausoleo, ante el que se rezaron varias preces, también interrumpidas por los sollozos de la multitud agrupada en derredor del monumento.

El cual ha sido descrito por *L'Univers* en los siguientes términos: «Es un lecho de mármol que descansa sobre ocho columnas negras, y otras ocho blancas. El cuerpo del general está colocado sobre este lecho y envuelto en un sudario, también de mármol, tan admirablemente trabajado, que parece una tela, á través de cuyos pliegues ha de descubrirse la rigidez de los miembros del cadáver. La combinación de los mármoles blanco y negro, llena por completo las exigencias del más delicado gusto. El monumento ostenta el nombre del héroe en todas sus caras, con las armas del glorioso Pío IX, digno padre de aquel hijo á quien llamaba «su querido general», y las de La Moricière, que figuran tres conchas de plata en campo azul con barras de oro. Véanse á uno y otro lado la tiara, las llaves de San Pedro, y un casco debajo del cual hay sables, francés el uno, en memoria de Castelfidardo, y el otro árabe, recordando á Constantina. En lo alto del monumento, por el lado de la puerta de la iglesia, dos ángeles con laureles sostienen un medallón en el que están los bustos de las dos hijas del general. Hé aquí la inscripción que el artista ha colocado en la cabecera del lecho mortuario:

«OPTIMO VIRO CLARISSIMO DVCI
JUCHAVLT DELA MORICIERE
AMICI, SODALES, COMMILITONESQUE
HOC MONVMENTVM POSVERE.»

Al pié se lee este epitafio, tan breve como elocuente:

«IN AFRICA PATRIAE FINES
MANV AC CONSILIO
AMPLIFICAVIT FIRMAVITQUE
GALLIA MOERENTE
NEFARIOS IN LEGEM REBELLES
STRENVE DIMICAVIT.
SANTAE SEDI DERELICTAE
ULTIMVM ATTVLIT PRAESIDIVM
FORTVNAE AVT IMPART
FORTIOR IN ADVERSIS,
INGENIO INCLYTVS, CORDE EXCELSIOR
CRVCIS IN AMPLEXU OBIIT,
ANNO DOMINI MDCCCLXV.»

La dedicatoria dice así:

AETERNAE MEMORIAE D. C. L. L. IVCHAVLT
DE LA MORICIERE.

A uno y otro lado se leen las virtudes que en grado heroico hacen ilustre para siempre el nombre de La Moricière. A la derecha *Fortitudo*, *consilium* y *Fides*, á la izquierda *Justitia*, *Charitas*, *Virtus*, y por fin la divisa del general, *Spes mea Deus*.

Bajo esta divisa glorificada por el testimonio de la veneración católica, duerme La Moricière, teniendo en una mano su espada y en la otra el crucifijo, que apretaba contra sus espirantes labios cuando el sacerdote le asistía en los últimos momentos.

Las cuatro estatuas que ocupan los ángulos del monumento, son obra de M. Dubois, vaciadas en bronce por M. Borbedienne. Representan la *Historia*, la *Fé*, la *Caridad* y el *Valor militar*. La crítica más exigente no puede menos de admirar absorta estas creaciones sublimes del arte, que vivirán tanto como las obras de primer orden con que se envanece los mejores museos de Europa.

En cuanto al mausoleo es creación de M. Moisson (de Angers), arquitecto distinguidísimo, como lo prueba este monumento dispuesto con el mejor arte. Terminaremos esta reseña con las palabras de otro periódico, que resume perfectamente nuestras ideas, en presencia del sepulcro de La Moricière:

«El culto á la muerte es una fuerza que vivifica, y hay sepulcros de los que escapan soplos de vida más fecundos y poderosos que el viento de todas las agitaciones terrestres.

»El ilustre soldado cuya memoria acaba de ser celebrada por su país natal, tenía sobrado derecho al tributo que el arte y la elocuencia tan noblemente le han pagado.

»Nada de pompa oficial. La Moricière proscrito, vencido y muerto, es una imagen importuna para el gobierno de su país. Aquel á quien un emperador había proscrito, á quien un rey amigo de la revolución y de César, había vencido en desigual combate, merecía por demás el alto honor de no recibir homenaje de la república.

»Pero el artista y el orador sagrado han sabido mantener la doble llama de la fé y el patriotismo. Sus grandes y generosas inspiraciones han encontrado atronadores ecos en el alma de la Francia católica, y el nombre de La Moricière domina el tumulto de las miserias humanas desde el pedestal sobre que le han colocado, su resignación en los momentos de prueba, y su valor en los campos de batalla.»

X.

LA FUENTE DEL PINO.

LEYENDA GRANADINA.

Ya principiaban á oírse amenazadores murmullos, indicios ciertos de una próxima explosión, cuando Anamar que había reconocido en el arrogante cristiano al maestro de Calatrava, llegó ante el Rey, y abrazando con muestras del mayor afecto al caballero, le dijo:

—Ya sabemos bien á nuestra costa, esforzado Maestre, de lo que siempre fuisteis capaz; yo, como interesado, te dispenso de la formalidad de la en-

trega del retrato, contando con el permiso de la dama á quien sirvo. Si vences, una rica manga bordada de alfofería será el premio de la carrera; si eres vencido, mi mayor gloria será poderme llamar tu vencedor.

Dicho esto, y pedida la vénia al Rey, marcharon el Maestre y Abenamar hácia la tienda preparada para los justadores.

—Grande sería el riesgo que correría tu retrato, querida Fátima,—dijo á ésta la Sultana,—si fuese el premio de esta carrera. El Maestre es conocido entre nosotros por uno de los más diestros y más valientes de los caballeros de Castilla.

—Poca, señora, sería la gloria que le resultara de conquistar cosa de tan escasa valía,—le contestó Fátima algo enojada,—pero aún con todo, no juzgo yo tan segura la victoria por parte del Maestre; ántes bien me parece que Abenamar puede competir ventajosamente con él.

—Claro se demuestra el afecto que le tienes; y tus palabras prueban la generosa pasión que se alimenta en tu pecho. Dígalo sinó el bravo Abindarraez, que llora desesperado tus desdenes.

Abindarraez, que no quitaba los ojos de Fátima, adivinó por la dirección de la mirada que se ocupaba de él y en qué sentido.

Abrásado el rostro en el fuego de su celosa llama, juró en su interior vengarse de la que así le despreciaba.

Con esta determinación se fué á ocultar en lo más retirado de la plaza, para aguardar allí el término de las primeras carreras.

Abenamar y el Maestre, al trote de sus soberbios bridones, se dirigieron hácia el estrado de la Reina, para tomar la vénia; y haciendo el primero un rendido saludo á su dama, se preparó para correr las lanzas convenidas.

El Maestre, á quien había cedido Abenamar la primera carrera, sacó su caballo al galope, y tendido casi sobre la silla, avanzó con tan buena suerte y tan certero golpe, que la sortija suspendida de un precioso lazo, quedó punto ménos que incrustada en la afilada punta de su lanza.

Multitud de brazos salieron de los cuatro extremos de la plaza; pero bien presto se restableció el silencio, esperando todos con ansia el desenlace.

Abenamar, alentado por una mirada de la hermosa Fátima, salió á la carrera enfilando su lanza; pero ménos afortunado que el Maestre, derribó al suelo la sortija.

Esto era tenido por una desventaja.

Con igual suerte poco más ó ménos, se corrieron las otras dos sortijas; y el guerrero castellano declarado vencedor fué á recibir el prometido premio de manos de los jueces. Muza, el hermano del rey Chico, que era el principal de entre ellos, le dijo:

—Mucho me alegro, buen Maestre, de que la fortuna siga favoreciéndote como hasta aquí. Toma esta rica manga, digna por su exquisita labor de adornar tu capacete ó el esbelto talle de alguna de las ricas-hembras castellanas.

—Digo que te agradezco, valiente Muza, tu buen deseo; pero esta prenda ya tiene dueño.

Esto diciendo se dirigió á la Reina, y entregándole la manga le rogó cortesmente admitiese aquel don, bien mezquino para sus altos merecimientos.

Después, volviéndose á Abenamar, continuó diciendo:

—Te juro por mi honor que me honro en haber justado contigo; y aquí y en cualquier sitio y ocasión, en cualquier día y hora, estoy dispuesto á sostener con espada ó lanza, á pié ó á caballo, de sólo á sólo, ó sólo contra muchos, que tu dama no admite superior en belleza, escepto mi señora la poderosa Reina Católica, y que tú eres el caballero más valiente de Granada.

—Mientes, dijo una voz, y ántes de que espirase su último eco, se vió caer á los piés del Maestre una acerada manopla arrojada desde un extremo de la plaza.

Quizás no habrían tocado aún al suelo algunas de sus menudas mallas, cuando Abenamar recogióla, dijo al Maestre que pretendía disputársela:

—Cristiano, tanto esta manopla como la vida del villano que la arroja, me pertenecen; y luego, levantando más la voz, prosiguió:

—Y tú, cualquiera que seas, el que oculto en medio de estos caballeros y del pueblo que me

cerca, has osado considerarte bastante fuerte para retarme, sabe que yo acepto tu provocacion, y que mañana al despedir el sol sus primeros rayos, haciendo rodar su flamígero carro, te espero en la Fuente del Pino con las armas que quieras elegir.

—Y si tú, lo que no creo, sucumbes,—añadió el Maestre dirigiéndose á Abenamar,—mi brazo es aún bastante poderoso para castigar al insolente que se atrevió á desmentir mis palabras. Sea cualquiera el número de nuestros contrarios, el Maestre de Calatrava nunca contó sus enemigos sino despues de haberlos vencido.

Grande fué el alboroto que se armó en la plaza con motivo de tan extraño incidente. Fátima se desmayó y fué conducida al cercano palacio de Muza para prodigarle allí los auxilios que su estado exigía.

El Rey, temiendo que el alboroto pudiese tomar serias proporciones, mandó suspender los juegos, y seguido de su fastuosa corte, se retiró á la Alhambra por no conceptuarse capaz de sosegar las turbulencias promovidas entre sus mismos guerreros.

Abenamar acompañado del Maestre se dirigió hácia la mezquita mayor, en cuyas cercanías tenia su aposentamiento.

Al doblar la esquina de una retorcida callejuela, un moro cubierto con un largo alquicel, pasó por su lado y murmuró á su oído con voz ronca y llena de ira:

—¡Mañana en la Fuente del Pino, el reto á muerte!...

II.

EL DUELO Á MUERTE.

Ensillenne el potro rucio
Del alcaide de los Velez;
Dénme la adarga de Fez,
Y la jacerina fuerte.
Y una lanza con dos hierros,
Entrambos de agudo temple,
Y aquel acerado casco
Con el morado bonete.

(Rom. Morisco.)

El sol comenzaba á despedir sus rayos, reflejándolos con variados matices en la extensa vega de Granada.

La empinada cima de sierra Elvira, destacándose majestuosa, elevaba su parda frente hasta el claro azul del firmamento.

Mil y mil gotas de rocío columpiándose en los

rosados pétalos de las flores, se evaporaban luego llenando la atmósfera de ricos y penetrantes perfumes.

La naturaleza se despierta magnífica; la creacion entera saluda entusiasmada al Hacedor de lo creado.

No lejos de Granada, pasada la villa de Albolote, hay una antigua fuente, cuyas frescas y cristalinas aguas atraen á su orilla á más de un sediento caminante, que prescindiendo de lo agreste y solitario del sitio, sólo busca en ella el descanso de una larga y fatigosa jornada.

Esta fuente, y la arboleda que la rodeaba, eran también célebres entre los moros granadinos, por ser el sitio preferido por ellos para zanjar sus querellas y llevar á cabo sus duelos y continuas escaramuzas.

Camino de la fuente, y dejando atrás el pintoresco pueblo de Albolote, se dirijen dos caballeros al galope de sus impacientes bridones.

Uno de los caballeros, que al parecer era el que más prisa llevaba, dijo á su compañero:

—Te juro por el santo Profeta, valeroso Maestre, que si mi enemigo se nos hubiese adelantado, lo sentiría con toda mi alma, porque nunca se ha de decir que Abenamar acudió tarde á una cita, cuando en ella media el honor, que es la vida de un caballero.

—El honor del fuerte Abenamar,—contestó el Maestre,—no peligrará en este caso. Ya desde aquí divisó la fuente y aún no se descubre á nadie á la sombra de su frondoso pino. Seguramente somos los primeros; y puesto que es todavía tiempo, quisiera me contases los motivos que han dado lugar á el lance ocurrido entre Abindarraez y tú.

—Con la ingenuidad de un caballero y la franqueza de un soldado, noble cristiano, te abriré mi pecho, respondió Abenamar.

—Desde el momento en que ví á la hermosa Fátima y contemplé absorto su belleza, un fuego para mí desconocido, incendió mi corazón, causándome dulces delicias y á la par insoportables tormentos.

»Antes, y azeado desde niño á continuas revueltas y escaramuzas, mi corazón estaba mudo y veía correr monótonamente mi existencia. Huérfano desde la cuna, sin ilusiones, sin otro afán que el batallar, pasaba los días ageno de recuerdos.

»Los negros ojos de Fátima vinieron á sacarme de mi abatimiento, dando á mi vida un nuevo impulso.

»La amé y fui correspondido, cifrando en ella todo un porvenir de dichas y esperanzas.

»En medio de mi ventura, negra nube vino á enturbiar el claro sol de mis amores. Abindarraez,

ciegamente enamorado de Fátima, se atreve á disputarme su corazón, y de aquí el lance presente y la necesidad de que uno de los dos deje de existir.»

El Maestre, que había escuchado atentamente las palabras de Abenamar, le replicó:

—Ya veo que no hay avenencia posible entre vosotros, aunque me pesa que un tan buen caballero como tú exponga su vida por otro amor que el de la Inmaculada Virgen que yo adoro. Me ofrecí á ser tu segundo, y no acostumbro á dar al olvido mis promesas.

En estas y otras razones llegaron á orilla de la fresca fuente; y á poco de estar en ella, vieron venir por el camino adelante un caballero que aguijoneaba su corcel, levantando en su veloz carrera densas nubes de polvo, que á impulsos del aire se deshacían en caprichosas espirales.

Aquel ginete traía calada la visera, pero por su aspecto, por su rica armadura y por el valiente bruto en que cabalgaba, conocieron Abenamar y el Maestre al celoso Abindarraez.

Poco espacio había transcurrido desde que le apercibieron, cuando llegó á la fuente haciendo un cortés saludo á los que le aguardaban.

Sin desmontar, y con una voz que la agitacion, y tal vez la cólera hacían parecer temblorosa, dirigiéndose á Abenamar:

—Motivos ajenos á mi deseo,—le dijo,—me han impedido llegar á la hora prefijada; pero puesto que os hallo prontos, aunque vengo sólo, confiado en la lealtad de este castellano, podemos comenzar nuestra escaramuza.

—Que me place,—contestó Abenamar,—preparándose sobre su brioso alazan, y tomando suficiente distancia de su contrario.

Señalado por el Maestre el puesto de cada uno, dió la señal de partir; y al punto con la velocidad del rayo salieron los dos campeones al escape de sus caballos.

RAFAEL MILAN Y NAVARRETE.

(Se continuará.)

Solucion del jeroglífico del número anterior:

Cesó la negra partida.

Madrid, 1879.—Imp. á cargo de D. B. M. Araque.
Santísima Trinidad, 5.

SECCION DE ANUNCIOS.

VIDA
DEL SR. GONZALO DE LA PALMA,

ESCRITA POR SU HIJO

EL P. LUIS DE LA PALMA,
Manuscrito del siglo XVI

publicado y precedido de un prólogo por
el P. Mir,
de la misma Compañía.
(Tirada de 500 ejemplares.)

Esta obra se halla de venta en las principales librerías al precio de 6 rs. en toda España.

Los pedidos pueden hacerse á don José del Ojo y Gomez, calle de San Bernardino, núm. 10, duplicado, ó á D. Manuel Alonso y Zegrí, calle de Gravina, núm. 14.

AMAYA,

Ó LOS VASCOS EN EL SIGLO VIII.

Novela histórica

DE

D. F. NAVARRO VILLOSLADA.

Se ha publicado el 3.º y último tomo de esta obra notabilísima, y se vende á 12 reales en la Librería de San José, Gravina, núm. 14.

COTOLAY.

LEYENDA PIADOSA

POR DON RAMON SEGADÉ.

Esta obrita, de 59 páginas, de buena impresión y papel, véndese en las librerías de los Sres. Aguado, Olamendi, hijos de Fé y Bailly-Baillière, etc., al precio de 2 reales.

Los pedidos se dirigen al autor, calle de la Sinagoga, 9, Coruña, acompañando el importe en libranzas.

VALENTINA DE ROHAN,
NOVELA DE PAUL FEVAL,

TRADUCIDA

POR D. FRANCISCO DE RIVAS.

Esta interesante novela fué una de las primeras espurgadas y corregidas por el mismo autor despues de su conversion.

Forma un volumen en 8.º de 350 páginas.

Se vende á 6 rs. en toda España.

A los señores del comercio de libros y á todo el que pida 12 ó más ejemplares, se harán rebajas proporcionales al pedido, que no serán menores del 10 por 100.

OBRAS CATÓLICAS

DE LA

ACADEMIA Y CÔRTE DE CRISTO.

La Academia y Corte de Cristo abraza tres elevadísimos objetos, á saber: la propaganda de buenos impresos, el culto de adoracion de la Divinidad de Jesús, y la enseñanza. Para impresionar saludablemente á las almas en medio de la corruptora atmósfera que nos rodea, propaga también cada trimestre lindísimas estampas y cromos religiosos. Esta asociacion que obtuvo en 1867 la bendicion de S. S. Pio IX, está aprobada por el mismo y por S. S. Leon XIII, quienes le han concedido varias indulgencias plenarias y parciales, teniendo también 1580 días de indulgencia concedidos por 31 Prelados.

Los socios de la Academia están divididos en tres clases. Los de 1.ª clase ofrendan 8 rs. al mes, 4 rs. los de 2.ª y 2 rs. los de 3.ª. Los coros de adoracion constan de 31 personas y dando la ofrenda de medio real cada mes, fomentan á la vez el culto y la propaganda: los Coros-Apostólicos constan de 12 personas que auxilian la fundacion de Obras católicas, dando una ofrenda libre.

Las personas que quieran ingresar en dicha asociacion, pueden dirigirse á D. José Gras, Canónigo del Sacro-Monte, ó al Colegio de las Hijas de Cristo, calle de Tendillas de Santa Paula, 9, Granada.

FELIPE II,

ESTUDIO HISTÓRICO-CRÍTICO

por

D. VALENTIN GOMEZ,

CON UNA

carta-prólogo por

DON MARCELINO MENENDEZ PELAYO.

Se halla de venta en Madrid, al precio de 10 rs. cada ejemplar, en las principales librerías.

Los pedidos se dirigen á D. Antonio Perez Dubrull, impresor y editor, calle de la Flor Baja, 22, Madrid.

A los suscritores de todos los periódicos católicos se les dará la obra por 8 rs., á cuyo fin acompañarán al hacer el pedido una faja impresa.

A los señores libreros se les hace la rebaja del 25 por 100 tomando doce ó más ejemplares.

LIBROS.

El Sr. PEREZ VILLAMIL ha hecho rebaja del 25 por 100 para los suscritores de LA ILUSTRACION en los siguientes sujos:

La Peregrinacion Española en Italia, ó sea, el espíritu cristiano en las peregrinaciones y en el arte, con un prólogo y una carta del señor Nocedal. Su precio, 16 reales; para los suscritores de LA ILUSTRACION, 12.

Recuerdos del Monasterio de Piedra. Su precio 6 reales; para los suscritores de LA ILUSTRACION, 4.

Los pedidos á esta Administracion, Jesús del Valle, 23 y 25, pral.